

(" Nuevo Mundo " Madrid, 10 octubre 1914). (2)

El aprovechamiento del listo

—Si en España conociéramos el arte de aprovecharnos del listo como en Alemania conocen el de aprovecharse del tonto, ¡otro gallo nos cantara!

Así me dijo mi amigo, empezando inmediatamente á contarme casos de ese aprovechamiento germánico de los tontos, arte en que suponía también muy diestros á los jesuitas. Y se habló de la disciplina.

Yo, que tengo de la disciplina—ó *disciplina*—una idea muy diferente que parecen tener de ella los más de los que la cacarean, y que jamás se me ha ocurrido confundirla con la *catedraticina*, y menos con la maestría—que es lo propio del maestro—le oí todo eso del arte de aprovechar al listo, y me limité á contestarle:

—Pero, ¿es que tú crees que esos listos á que te refieres son aprovechables?

—Pues, ¿no han de serlo?—me replicó;—la inteligencia, ó el ingenio, si quieres, puede y debe aprovecharse siempre.

—Pero, ¿es que tú crees—volví á argüirle—que esos que llamás listos, y de que me presentabas como ejemplar al gitano de que hablábamos, son realmente inteligentes, ó si se quiere ingeniosos?

—¿Y quién lo duda?

—Lo dudo yo. Y lo dudo porque la experiencia me ha enseñado que el arte supremo de esos que llamáis listos es el arte de mentir. Y el que tiene que mentir para desenvolverse, no es inteligente nunca. El listo de quien hablábamos es un hombre sin palabra ni conciencia de ella, que dice y luego dice que no dijo ó no quiso decir, y se desdice, y miente y se desmiente y fragua embustes, y cree que toma el pelo á los ingenuos que fían en sus palabras falaces.

—¿Pero ese es un arte!

—¿Un arte? Mira: hablando una vez con un español inteligente, muy activo y muy bien intencionado, que es el alma de una institución de reciente origen que tiende á orear las almas españolas por esos países de fuera, me decía contándome las impresiones de un viaje que hizo para estudiar instituciones docentes en el extranjero, que se encontró con no pocas casas pensiones para estudiantes donde se negaban á admitir á los españoles y á los griegos. Y la razón que le dieron es que son embusteros, que mienten.

—¡Claro está! Ulises, el gran héroe

O.C. tomo IX



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.UsAL.ES



helénico, más que Aquiles, Ulises era un grandísimo embustero.

—Sí, que sabía urdir sus mentiras. Pero hay que ver ante qué gentes; ¡ante bárbaros! Pero creerse que Venizelos, del que algunos dicen que es una encarnación del astuto Ulises, no hizo la liga balcánica con embustes...

—¡Hombre, no tanto! El arte de la diplomacia es el arte de la mentira. Y aquí tienes en qué se puede aprovechar á nuestros listos, haciéndolos diplomáticos.

— ¡Aviados quedaríamos! Créeme que la ralea de Manolito Gázquez es la menos á propósito para la diplomacia.

— Poco á poco, poco á poco, que Manolito Gázquez no era un mentiroso en el sentido moral de la palabra. Manolito era un inventor de graciosas patrañas que acaba creyendo los embustes que fraguaba.

— Esa sí que es una grandísima mentira; esa de los que acaban creyendo los embustes que fraguan. Esa enorme mentira ha hecho, y seguirá haciendo un daño grandísimo. No hay tal cosa. No hay quien acabe creyendo los embustes que fragua. Y, además, esos de quienes se dice tal cosa, los fraguan en provecho propio. Mas esto se sale de nuestro principal debate.

— ¡Debate? ¡Pero si nosotros no estamos debatiendo nada!

— ¡Dispénsame; tienes razón! Aquí no hay nada de debate ni de esas monsergas abogadescas de los que se tien-

nen por polemistas. Y mira, hay quien se tiene por polemista nada más que porque fía en la buena fe y la caballerosidad de los demás.

— ¡Cómo es eso?

— Sí, porque fía en que cuando suelte una desaforada y desvergonzadísima mentira, no le han de decir en su cara que miente, porque fía en que, como por lo menos es entre nosotros corriente, nadie pondrá en duda sus palabras. Que esto es lo terrible de esta tierra de embusteros; que todos nos atufemos, y los más mentirosos más, cuando se pone en duda nuestra palabra. Tú sabes lo grave que en el Parlamento, ese templo de la mentira, se estima el que se le diga á uno que falta á sabiendas á la verdad. Y así, merced á la necia y torpe caballerosidad de los buenos, los veraces y los honrados, hacen los listos de las suyas. Por eso odio los estúpidos torneos de la palabra en que pareció quedar vencedor el más imprudente y desvergonzado embustero, lo que no sucedería en una reposada y bien espaciada discusión por escrito. Y aquí porque el sofista de la lengua teme y odia á la





pluma. Los polemistas lingüales se ven perdidos en cuanto sus embustes tienen que fijarse por escrito.

—¿Y tú crees que no se sirven también como de arma del escrito?

—¡Ah, sí, el embustero, el trapionista, lleva siempre, lo mismo que el estafador, los documentos justificativos de su conducta en el bolsillo! Ninguna persona honrada sale á diario con la cédula á cuestras.

—Lo que no me negarás es que á las veces la mentira tiene gracia.

—¿La mentira? ¡Jamás! Esa estúpida leyenda de la gracia de la mentira es en España un ábrego agostador de fecundas verduras y que sopla de campo donde la gracia se ha degradado y en que el verdadero humor no prende raíces. Nuestras novelas picarescas son mucho más tétricas que regocijadas. El antiquijote, el pícaro, es algo escurridizo, viscoso y hediondo, que de todo tiene sueños de gracia. Hay quien dice que es fúnebre. Verdad es que casi todo nuestro ingenio cómico español es fúnebre. Y si no ahí está Quevedo, el de

¡Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¡Nunca se ha de decir lo que se siente?

Y yo creo que lo que lo que más le atormentó á aquel austero moralista señor de la villa de Juan Abad, fué el ambiente de mentira, que aliado con el de pordiosería, su constante compañero, dominaba entonces en España. Porque los mentirosos, los pícaros, los listos, lo que suelen ser es pordioseros y nada más que pordioseros. De dinero, unos, de otras cosas, otros. ¡Almas de mendigos! Y cree, no hay arte que sepa aprovechar al mendigo embustero.

Miguel de Unamuno



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES